Guatemala: la escritura, la historia y la vida

Ana Lorena Carrillo

A la memoria de mi entrañable amiga Gabriela Yanes

Varias veces, mientras iba escribiendo estas páginas, me pregunté qué era lo que quería decir en ellas. En un principio era claro que las ideas giraban en torno a lo subjetivo y la manera en que aparece en la novela, la historia y el testimonio. Pero viéndolo bien, es posible que el tema de la novela guatemalteca de los noventa no haya sido un pretexto para poner por escrito la manera propia de ver el mundo, las relaciones, en fin, la vida. ¿Por qué el tema de la novela guatemalteca me da tan oportunamente esa posibilidad? Creo que porque en ella hay "algo" que me pertenece muy profundamente. No se trata solamente de la obviedad de mi nacionalidad, sino de una memoria visual, olfativa, sentimental, cargada de subjetividad. Reconozco esa memoria en las novelas que he leído y me reconozco cómplice. La novela guatemalteca contemporánea permite ver las estrechas relaciones entre ficción, historia y testimonio; lo que significa, al menos para este caso, descubrir que no se trata solamente de *la* ficción, *la* historia y *el* testimonio; sino de *mi* historia, ficción y testimonio personales y adivinar la trama que se entreteje en ambos territorios. Estos son los temas, pero antes de abordarlos es bueno aclarar dos cosas: la primera, que éste no pretende ser un ensayo de análisis literario, sino un ensayo sobre los temas antes dichos; y la segunda, que las novelas que aquí se refieren son solamente una muestra de la abundante producción de los últimos años, por lo que algunas generalizaciones deberán ser consideradas con esta salvedad.[1]

En el proceso de escribir estas líneas hice una selección de fragmentos de algunos testimonios, ensayos y de las propias novelas, en los que me pareció encontrar la similitud con que los lenguajes de distintos géneros dicen acerca de las mismas realidades, y también cómo la visión del conjunto "coral" de todos esos géneros aporta matices que hacen que esa realidad no sólo se comprenda con el intelecto, sino con las emociones. Por ejemplo, mezclé entre los fragmentos uno que me atañe personalmente pero que también es —con todo y la subjetividad con que está preñado— relato histórico y testimonial. Estaba escrito en una carta que mi padre me envió hace varios años, y forma parte de sus crónicas personales de los días de guerra, la misma de la que hablan las novelas. El ejercicio fue útil, por cuanto me facilitó adentrarme en un aspecto importante: poner en cuestión mi concepto de realidad, encontrar en él el sitio de la subjetividad, para llegar por ese camino al texto narrativo de la novela guatemalteca contemporánea que es a la vez ficción, historia y testimonio.

Historia y novela

La historia de Guatemala ha sido contada más que por sus historiadores, por sus literatos. En la escuela se aprende poco y mal de la historia del país y el acercamiento a lo que somos se hace a través de leyendas, cuentos y novelas. ¿Cómo explicar y explicarse la enredada madeja de complejidades que han ido constituyendo a este país? ¿Con qué lenguaje contar, registrar y explicar lo que a veces es inexplicable, cuando ha habido un silencio tan profundo y prolongado de la historia?[2] El lenguaje de la ficción ha llenado el vacío y terminamos por inventar un

país en el que realidad y ficción ignoran sus límites. La nación guatemalteca aún no cristaliza y hay explicaciones sociológicas, históricas y políticas para ello; pero uno de los resultados de ese hecho es que no hay historia en qué "leernos", hay literatura y en ella perpetuamos nuestra memoria colectiva, una memoria enraizada en la ficción. Cuando el novelista Francisco Goldman[3] escribe que el país de su novela es irreal, no lo hace porque su novela dice cosas que no son, sino porque su ficción no alcanza a decir todo lo que en realidad es. La ficción en esa novela no alcanza a "evocar o exagerar" la realidad porque ésta la supera. Ninguna fantasía exagerada logra decir "la pesadilla real" —dice Goldman—. Lo cierto es que en Guatemala las pesadillas reales no pueden ser contadas solamente con el lenguaje de los hechos comprobables; es necesario ficcionalizarlas, acudir a la subjetividad. Como no tenemos una sólida narración histórica que nos sustente, nos sustenta la ficción. Esa, tal vez sea una forma más de entender la frase que aparece como epígrafe en la novela de Goldman: "Guatemala no existe".

Los guatemaltecos de la generación nacida en los años cincuenta sabemos la historia de la primera mitad de este siglo en nuestro país porque escuchamos a nuestros abuelos y padres y porque leímos a Miguel Ángel Asturias y a Luis Cardoza y Aragón. Para saber la historia de la segunda mitad, escuchamos de nuevo a nuestros padres, amigos y contemporáneos y a nosotros mismos y leemos a novelistas, poetas y dramaturgos. Leer literatura en Guatemala es leer historia en un sentido más completo cuanto mayor ha sido la debilidad y los vacíos de la narración histórica propiamente dicha.[4] Nos asimos a la voz de nuestros narradores y poetas con mayor fuerza, cuanto mayor ha sido el desamparo en que nos ha dejado el silencio o el lenguaje mudo de la historia. En la voz de ellos nos reconocemos hasta hoy, más y mejor que en ninguna otra. Se trata por supuesto de narradores hombres y ladinos en su mayoría, como sin duda lo son sus lectores.



La novela guatemalteca de hoy nos está contando apenas lo del día de ayer. Ayer está demasiado cerca y todavía nos asusta. Tiene el tono catártico que es el mismo que anima los esfuerzos de las horrendas tareas de las comisiones de la verdad. En un caso, la novela ficcionaliza la historia de todos en la voz del escritor; en el otro, el informe crudo historiza la pesadilla real en las voces de cada uno. Una tras otra, aunque sin excepciones, las novelas recientemente editadas, escritas por los jóvenes novelistas y por los no tan jóvenes, repiten los temas: el miedo, el silencio, la muerte, la opresión, la violencia, los amores complejos, la camaradería, la guerra... Una repetición que no es moda, sino necesidad de sobrevivir. El lenguaje casi siempre está teñido de alcohol, tedio, sexo e impotencia. La cuentan desde su imaginación los hombres ladinos de clase media. Entretanto, las mujeres y los indígenas nos la cuentan en testimonios.

Jorge Semprún, escritor y ex ministro de cultura del gobierno español, sobreviviente de Buchenwald, relata en una obra autobiográfica, hechos terribles, ideas y sentimientos que han sido fundamentales en su vida personal y en la de todo el siglo.[5] Los guardó durante mucho tiempo, pero la estrecha relación entre contar, silenciar, vivir, morir o sobrevivir, está presente en cada página. De igual manera, la novela guatemalteca relata con urgencia visible —como conjurando demonios de uno y de todos—, los feroces días y años de la guerra. Imposible no hacerlo. Es cuestión de vida o muerte.

♦♦♦

Escribir y leer la misma vida

La escritura de estas obras resulta para el autor lo que su lectura para el lector que ha vivido historias semejantes. Terminando de escribir esto, busco en un texto de Marco Antonio Flores sus razones para escribir: *"Escribo para explicarme la vida, para recordar mis amores, para renovar mis angustias y mis alegrías, para desentrañar mi cuerpo y mi entorno, para encontrarme con mi país y con mi gente", y más adelante: "lo que me interesa fundamentalmente cuando escribo es exorcizar mis fantasmas..."*[6]

La lectura de estas novelas de la postguerra (no por su temática, sino porque muchas de ellas son ediciones del período signado por los acuerdos de paz), es agobiante y dura. Ya hemos leído todos los periódicos, boletines, informes, y análisis sobre lo que sucedió en Guatemala y de pronto no sabemos si el afán torturante de continuar ahora leyendo las novelas, es solamente una vocación masoquista disfrazada de necesidad de comprender, o si simplemente vamos al encuentro de nosotros mismos.

Una noche, mientras escribía estas páginas, llena la cabeza de frases e imágenes sacadas de los libros, tuve una pesadilla. Me soñé entre mucha gente. Había niños entre ellos. Yo estaba con mi hijo Alejandro, que en el sueño era un niño de brazos. Todo parecía ocurrir dentro de una casa muy grande. Nos perseguían, nos estaban matando y nosotros nos escondíamos en los baños, en los rincones. Ellos pasaban bajo las ventanas, en carros, asomando sus caras, disparando. Teníamos miedo. Yo lloraba, más que otros que también estaban ahí. Había una alberca y una señora sentada con los pies dentro, y niños. Sentaba a Alejandro en la orilla y le decía que se quedara un poco lejos de mí, para protegerlo. En otro momento estaba con Alejandro en brazos, nos habían apresado y nos iban a matar a ambos. Ya no tenía miedo, más bien estaba resignada. Le disparaban en la cabeza, a él antes que a mí. Yo sentía correr en mi cuello lo caliente de su sangre.

No es difícil tener pesadillas después de leer esas historias. El lenguaje subjetivo de un sueño aterrador es también un relato de historia y de vida. La novela, los testimonios, los informes de las comisiones de la verdad, no han tenido más alternativa que sacar a la luz, con toda la subjetividad que les es propia, el drama de un país por la vía de contar el drama personal de cada uno. Esa subjetividad que atraviesa todas estas narrativas será el material con que se haga más adelante la historia de aquellos años. Será una historia que conscientemente o no, hará uso de ella, o será una historia incompleta. Aquí la subjetividad no está pidiendo permiso para ser parte de la historia, simplemente, ya está ahí.

Ausencias, obsesiones y verdades

Asquea hasta la náusea el lenguaje soez de los hombres elevado a rango de poesía. Duelen los escupitajos de ese mundo masculino (de ciudad y clase media casi siempre), en cada página, como si no fuera suficiente con la memoria y la cotidianidad. Asquea, porque es un lenguaje violento, agresivo, machista, y porque siempre nos han lastimado, pero con todo, forma parte de esa atmósfera rasposa e hiriente que atraviesa las relaciones sociales en ese país, y en él reconocemos un sonido verdadero, una vocación amargamente entrañable y auténtica.

Los hombres de la guerra hablan todo el tiempo. Son ellos los que nos la cuentan en estas novelas. Treinta, cuarenta años de nuestra vida e historia nos es develada en cada página por sus palabras y por sus imágenes. Las mujeres que figuran en ellas, son casi todas, estúpidas, sumisas, ingenuas, impertinentes. La referencia a su cuerpo y sexualidad también es inevitable; naturalmente, desde los ojos y los deseos masculinos. Existe aquí un silencio significativo. Las mujeres no pueden ser mostradas desde su propia interioridad más que por ellas mismas y la novela actual no ha sido un terreno propicio.[7] Los novelistas que escriben recordando sus conversaciones, rememorando los hechos que vieron o vivieron no encuentran en su relación con las mujeres una materia para su trabajo más que a través del sexo o de una distancia que las retrata ajenas a los intrincados y complejos mundos en que viven los protagonistas. Lo que resulta es la constatación de la indiferencia frente al mundo femenino que únicamente parece interesar en tanto cuerpo o fuente de seguridad afectiva. Sólo a veces, muy lateralmente se filtra una cercanía, como el torvo personaje de "El último tango en París"[8] arrastrado a acompañar a la Gala del hospital, mientras se desangra por un aborto mal hecho, cede y en tres líneas abandona el hosco tono con que ha relatado el suceso, para decir: *"Me miró asustada y comprendió su soledad, me agarró la mano y apretó como pidiendo solidaridad. Se la di, ella siempre me la había dado."*

El desprecio por las mujeres hace particularmente densa la atmósfera recreada, mientras que —en contraste—, se nos dibuja un mundo de intensas y profundas relaciones entre hombres, cuyas virtudes y abyecciones terminan siendo el parámetro para adentrarse en las pro-

fundidades de la condición humana. La mezquindad con que son revestidos los interiores femeninos no admite que éstos sean concebidos parte esencial de ese retrato.

La obsesión por la herida abierta entre dos universos culturales incapaces de hablarse entre sí, se repite también en buena parte de la producción novelística de los últimos años, como ha sido antes. La imposibilidadde un lenguaje común hace que aparezca bajo la forma de la ausencia, o por intentos de acercamiento desde el canon cultural ladino. La lectura de sonsonetes quejumbrosos salpicados de diminutivos y alusiones a la naturaleza, intentando parecerse a la voz indígena, ya no convence. Aunque el sonido existe, el intento de su transposición literaria no siempre cuaja, evidenciando el abismo que está ahí todavía. Ya se ha dicho, la novela aún sigue siendo un campo en el que los narradores son en su mayoría hombres ladinos y es bajo su mirada que la historia y la imaginación nos son devueltas. La poesía y el testimonio —más éste que aquélla—, parece ser en Guatemala —al igual que en otros países centroamericanos—[9] formas narrativas que por su cercanía a la oralidad, son más aptas para la expresión de quienes no leen ni escriben; en este caso, mujeres e indígenas. A pesar de esta perspectiva unívoca, estas novelas, que por ser testimoniales y autobiográficas, son también históricas, logran dar una imagen de totalidad precisamente con sus silencios y elusiones. El género de la novela testimonial no es una producción de esta década. El marcado acento en el protagonismo del propio autor aparece ya en algunas novelas de finales de los setenta y de la década de los ochenta.[10] Pese a la estrecha relación entre ficción, historia y testimonio, o quizá debido a ella, en esta novelística lo que se desmoronan son justamente las ficciones y los falseos en los sucesos relatados, porque se atreve, con antelación a otros relatos, a decir los secretos a voces. Se trata de una novela que, situada en la ficción, busca realismo y verdad. En ella quedan los hombres y los hechos más desnudos aún que cuando se muestran a sí mismos en sus propias palabras, como en el testimonio y más claros que cuando se pretende explicarlos con la razón y el método.

De retratos y condición humana

Más allá del lenguaje ríspido y brutal, ciertos lectores leemos en estas novelas la propia vida y se descubre una a sí misma y descubre a otros que han formado parte de ella; pero no en el sentido metafórico, sino en la vida real, con rostros, apodos y señas. Diálogos, hechos e imágenes, se presentan en letras negras sobre papel blanco, como si hubieran migrado de nuestra memoria hasta ahí sin saber cómo ni cuándo. Puede resultar a veces inquietante ver idénticos, a hombres y mujeres conocidos, escuchar conversaciones tenidas antes, encontrar en los muertos a nuestros propios muertos.[11] La tenue separación entre ficción y realidad, entre novela e historia, se convierte en algunos casos en verdadera conjunción. ¿Cómo entender sino así que la novela *Los muchachos de antes*, de Marco Antonio Flores[12] haya sido citada hace apenas unos meses en un diario nacional, como una fuente a propósito del turbio caso de la desaparición y muerte de la periodista Irma Flaquer? ¿Cómo, si en la novela ni siquiera aparece ese nombre? O al revés: ¿Cabe la coincidencia en la descripción hecha por personas relacionadas con aquel hecho, que dieron versiones casi exactas a la de la novela?

Pero además de ser un despiadado retrato de una historia cruel, estas novelas son un doloroso laparoscopio que hurga en las interioridades de la condición humana en general, y en particular en la de una generación de guatemaltecos para la cual cada pequeña felicidad a lo largo de su vida, está irremediablemente cercada por un recuerdo amargo; una condición humana que ha hecho posible que sucedan cosas que no pueden suceder.

"¡Ahora ya estamos contentos!" me dijo con mirada luminosa Susana Matías hablando de los nuevos tiempos. Susana Matías, de Todos Santos Cuchumatán. Su mirada en realidad había sido luminosa todo el tiempo, como la risa que compartía mientras hablaba. Hasta cuando con espontaneidad, y sin responder a pregunta alguna, habló de la guerra, su expresión mantuvo un poco de esa luz. También Susana Matías habló de la guerra. Sin embargo, yo percibí en la cadencia de su voz, que ese "ahora" tenía dentro una ya muy larga duda. Tal vez Susana Matías sabe estar contenta, porque en Guatemala estar contentos, se nos ha olvidado casi a todos. Esa noche, en casa de Susana, en su cocina, con su familia, me sentí como en un refugio limpio, cálido y amable. Platicamos, nos reímos. El esposo de Susana, Segundo Mendoza, nos invitó a la mañana siguiente, de despedida, una cocacola, sentados en el patio con él y la bebimos casi ceremoniosamente. Me regaló una más "para el camino". Es buena gente —pensé—, extrañada de que fuera posible.

Ficción, subjetividad y realidad

Le he preguntado a Silvia[13] —quien sabe de estas cosas—, que si la ficción es el lenguaje de la novela, la

◆◆◆

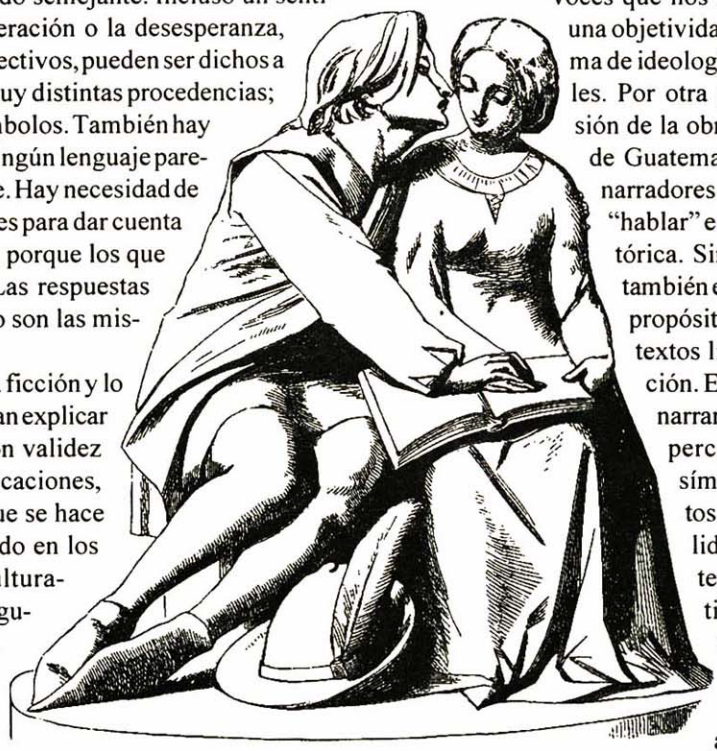
ciencia es el lenguaje ¿de qué? ¿De la realidad?, ¿De lo objetivo?, ¿De lo existente? y me ha contestado:

—¡El lenguaje de la ciencia es el lenguaje de la ciencia!

En efecto, así es, si una parte de que la ciencia no explica toda la realidad o que ésta no puede ser explicada sólo por ella. Si una parte de que la propiedad de la ficción para explicarla es la misma; y que lo personal y subjetivo también la explican con igual validez. La novelística guatemalteca de estos años, testimonial e histórica, narra un acontecer que alcanzó a todo y a todos, uniformando nuestra experiencia vital. Cuando algo así ocurre, se vuelve necesario decir y escuchar una y otra vez sobre lo mismo, para multiplicar la mirada sobre una realidad que nos rebasa como individuos y que al mismo tiempo es profundamente personal. La novela de los años noventa nace de esta necesidad, acicateada ahora, por el aire desmitificador e irreverente de los tiempos. La lectura de fragmentos de algunas de estas novelas, testimonios y ensayos, deja ver la similitud que hay entre géneros distintos para relatar este acontecer. Lo que es común a todos los autores —la experiencia factual— es relatado casi con las mismas palabras, aunque se refieran a hechos en los que el narrador no fue protagonista directo. La masacre realizada en una aldea es descrita desde todos los discursos de modo semejante. Incluso un sentimiento como la desesperación o la desesperanza, vueltos sentimientos colectivos, pueden ser dichos a través de lenguajes de muy distintas procedencias; así como imágenes y símbolos. También hay muchas preguntas que ningún lenguaje parece responder cabalmente. Hay necesidad de inventar nuevos lenguajes para dar cuenta de cosas que nos atañen porque los que tenemos no alcanzan. Las respuestas que queremos hoy ya no son las mismas de antes.

La pregunta de si la ficción y lo subjetivo también podrían explicar la realidad y hacerlo con validez semejante a otras explicaciones, surge de la discusión que se hace actualmente —sobre todo en los llamados "estudios culturales"—, de sugerentes argumentos encaminados a cuestionar el canon occidental como paradigma hegemónico de interpretación y conocimiento de la realidad.[14] De este modo, por los vericuetos del cuestionamiento que hace el multiculturalismo a este canon —en tanto etno y androcéntrico—. se abre la compuerta para que pueda pensarse que otros lenguajes nacidos de algo más que la razón puedan, con validez suficiente, ser aceptados como formas alternativas de conocimiento de la realidad. Así, la ficción que se entrelaza con la historia y los lenguajes simbólicos, oníricos, corporales, de la subjetividad de hombres y mujeres, de estas y otras culturas.

Es indispensable mencionar aquí especialmente, el libro de Marc Zimmermman y Raúl Rojas. Se trata de una obra vasta y ambiciosa que hace justamente un *collage* de voces sobre la historia de Guatemala. Es un ejemplo notable y además pionero de la reconstrucción de la historia nacional basada en las formas discursivas de literatos, actores sociales y científicos sociales, con un sólido sustento teórico. Sin embargo este *collage*, de acuerdo a lo expresado por los autores, "no puede pretender representar lo que una *historia objetiva*" (las cursivas son mías). En cambio, afirman, es una "construcción ideológica", una "historia ideológica". La pregunta que surge es la de si realmente existe una historia objetiva y cuál es ésta y también la de qué historia no es ideológica.



Zimmermman y Rojas desautorizan a las mismas voces que nos ofrecen, en nombre de una objetividad que colocan por encima de ideologías y horizontes culturales. Por otra parte, como la pretensión de la obra es retratar la historia de Guatemala en las voces de sus narradores y poetas, lo que hace "hablar" es una periodización histórica. Sin embargo, pienso que también es posible para el mismo propósito dejar "hablar" a los textos literarios sin tal imposición. Es posible "escucharlos" narrar historias, sentimientos, percepciones, imágenes o símbolos, considerando estos como parcelas de la realidad y más concretamente, de la realidad de un tiempo histórico preciso. Se trata entonces de poner en duda la existencia de una objetividad aséptica y pretender que

las voces múltiples de lenguajes de géneros narrativos distintos ofrecen una posibilidad para explicar más integralmente la realidad. Por otro lado, se trata de apostar por la validez de los discursos "no objetivos" que se sustenta en la fuerza explicativa de la *experiencia vital* (racional, emotiva, cultural, corporal, etcétera) para conocer y comprender una realidad heterogénea, múltiple, excesiva, "irreal".

El problema de la objetividad en la historia y en general en el discurso de la ciencia; el de la hegemonía del canon occidental y la validez de otros cánones o el de los límites para definir lo que debe entenderse por realidad, son problemas complejos que rebasan la intención de estas líneas. Algunas preguntas respecto de ellos fueron surgiendo de modo natural en el proceso de escribirlas, pero de ningún modo se pretende dar respuestas a estos asuntos. A lo sumo, plantear y compartir las preguntas, es todo.

Leer estos textos y encontrar en ello otra vez, resonancias profundas de mi propia historia, ha sido una experiencia personal intensa. Algo de mí, difícil de decir, está dicho en esos libros. Algo que considero esencial para explicarme a mí misma, y a mi país, está dicho ahí. En medio de la escritura de estas páginas he tenido pesadillas y sueños reveladores. Ignoro si las reflexiones hechas en este transcurso tienen alguna trascendencia adicional a ésta, muy personal. No sé de qué orden podría ser si así fuera. Sé de dónde viene la emoción que me ha movido a leer estas novelas, a pensar e ellas, a conversar con Gabriela[15] sobre esto, que no es otra cosa que una suma de otras conversaciones que vienen de años atrás, sobre nosotras, nuestras familias, nuestros países de niñez. También sobre libros, olores, personas, sabores y exilios.

Acaso esta trascendencia adicional sea —si es que es—, la convicción sobre la fuerza de la vida total y del lenguaje con que ésta se expresa, para conocer la realidad. Una realidad que a fuerza de exceso se vuelve irreal: "*Si, el exceso de realidad se vuelve irrealidad pero esa irrealidad se había convertido para mí en un súbito balcón desde el que me asomaba ¿hacia qué? Hacia lo que está más allá y que todavía no tiene nombre...*"[16] ♦

Notas

[1] Aunque la producción novelística reciente es abundante, aquí solamente se hace referencia a algunas obras. Los títulos y las reseñas de otras, recientemente publicadas, indica que en la mayoría de los casos las temáticas son similares. Las obras que sirvieron de base para estas líneas son: Dante Liano, *El hombre de Montserrat*, 1994; Franz Galich, *Huracán corazón del cielo*, 1995; Marco Antonio Flores, *Los muchachos de antes*, 1996; Mario Roberto Morales, *El ángel de la retaguardia*, 1996; Francisco Goldman, *La larga noche de los pollos blancos*, 1994; José Mejía, *La muerte en si menor*, 1997; También fueron útiles: Marco Antonio Flores, *Los rollos que quedaron*, 1997; Carmack, Robert (comp.) *Guatemala, cosecha de violencias*, 1991; Yvot Le Bon, *La guerra en tierras mayas*, 1992; Burgos Elizabeth (editora), *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, 1985; Raúl Carrillo, *Cartas*, 1982.

[2] No me refiero a que no exista una historiografía guatemalteca. La hay y abundante. Me refiero a la ausencia de una tradición intelectual y cultural de la narración histórica como un sólido referente de identidad de los guatemaltecos.

[3] Goldman, Francisco. *La larga noche de los pollos blancos*. Anagrama, 1994.

[4] Un ejemplo de ello es que con la obvia salvedad de *La patria del criollo* de Severo Martínez que es un impecable ensayo histórico (del cual pienso que también pueden hacerse lecturas literarias y discursivas alternas), unos de los autores más citados en el actual debate sobre la identidad y la cultura en Guatemala son Miguel Ángel Asturias y Luis Cardoza y Aragón por su obra literaria y ensayística.

[5] Semprún, Jorge. *La escritura o la vida*, Tusquets, 1996.

[6] Flores, Marco Antonio, *Los rollos que quedaron (collage)*, Oscar de León Palacios, Guatemala, 1997.

[7] Menton, Seymour. *Historia crítica de la novela guatemalteca*, Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos, Guatemala, 1985. En la bibliografía citada en esta obra es notable la presencia femenina en la novela guatemalteca de los años cuarenta al sesenta.

[8] Flores, Marco Antonio. *Los muchachos de antes*, Alfaguara, 1997.

[9] Mackenbach, Werner. "Tiempo y espacio en la novela nicaragüense de los años noventa", s/d/e, fotocopia.

[10] Cuevas Molina, Rafael, "La dinámica de la cultura en Centroamérica en la década de los ochenta" Trabajo preparado para el proyecto de Historia General de Centroamérica de la FLACSO, s/d/e, fotocopia, abril, 1990.

[11] Flores, Marco Antonio. *Los muchachos de antes*, Alfaguara, 1997

[12] Mtra. Silvia Kiczkovsky, lingüista, profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de Puebla.

[13] La bibliografía al respecto es abundante. Aquí se citan como ejemplo algunos textos que comparten esa perspectiva, aunque difieren en su campo temático: Harding, Sandra "Is there a feminist method?" en Harding, Sandra (edit.) *Feminism&Methodology*. Indianan University Press-Open University Press Milton Keynes, 1987; Benhabib, Seyla, y Drucilla Cornell, *Teoría feminista y teoría crítica*, Edicions Alfons el Magnánim, Barcelona, 1991; Bak, Hans (edit) *Multiculturalism and the canon of american culturale*, Amsterdam, VU University Press, 1993. Domínguez Michael, Christopher, "Observaciones sobre el canon de Bloom", en: *Vuelta* junio 1997. No. 247; De la Nuez, Iván, "Sobrevolando el canon", en: Revista Internacional de Arte *Lápiz*, Año XV, n° 118-119, enero-febrero 1996, Madrid.

[14] Zimmermman, Marc y Raúl Rojas, *Guatemala: Voces desde el Silencio —un collage épico—*, editorial Palo de Hormiga- Oscar de León Palacios, Guatemala, 1993.

[15] Mtra. Gabriela Yanes, profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de Puebla, falleció en marzo de 1999.

[16] Paz, Octavio, *Vislumbres de la India*, Seix Barral, 1995.